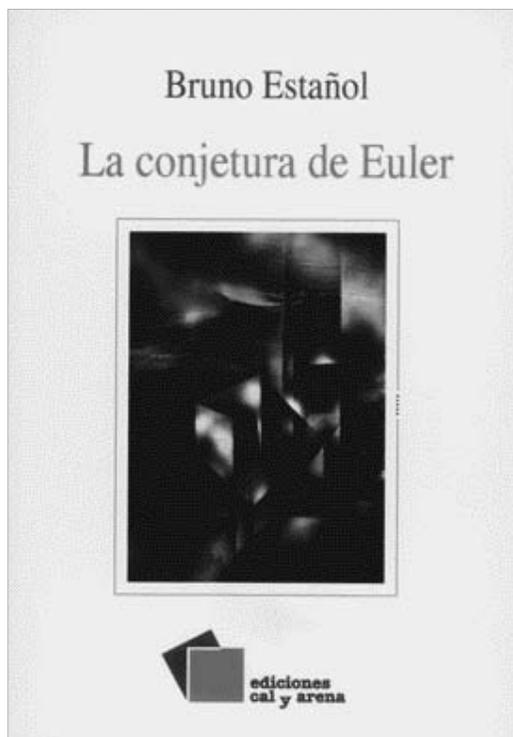


La conjetura de Euler

Hernán Lara Zavala

Afirma Borges que “un hombre inmortal, condenado a una cárcel perpetua, podría concebir en su celda toda el álgebra y toda la geometría” y pone como ejemplo de ese “meditador”, a Blas Pascal que “a los doce años había descubierto una treintena de las proposiciones euclidianas” sin haberlas estudiado antes y de manera puramente intuitiva. Esta reflexión, seguramente inspirada en aquella otra frase de Poe que dice que si un hombre es capaz de crear un código secreto, siempre habrá otro capaz de descifrarlo, le sirve a Bruno Estañol en su *Conjetura de Euler* para utilizar la figura de Denise Diderot a manera de *alter ego*, precisamente encarcelado en el fuerte de Vincennes durante cerca de seis meses, para iniciar la primera parte de su apasionante historia que está fechada entre los meses de julio a noviembre de 1749. Se trata de una anécdota nada convencional

por cierto, pues utilizando un tono más ensayístico, autobiográfico y libresco que narrativo y sirviéndose de personajes de la Ilustración perfectamente identificados en la historia del siglo XVIII, Estañol nos planteará el problema tantas veces tocado por filósofos, teólogos, científicos, fisiólogos y poetas: cómo percibimos y cómo comprendemos este mundo que habitamos. En efecto, Diderot fue encarcelado en julio de 1749 acusado de propagar el ateísmo a causa de la publicación de su obra *Carta sobre los ciegos* en donde cita la última frase que pronunciara el matemático inglés ciego, Nicholas Saunderson en su lecho de muerte y que fuera consignada por el propio Diderot en el libro de



marras y que fue lo que propició su detención. En el momento en que lo aprehenden, Diderot trae consigo *El paraíso perdido* de John Milton, mismo que se lleva a prisión y que, al leerlo desencadena una serie de reflexiones de toda índole por parte del filósofo, enciclopedista, novelista y dramaturgo.

Como es bien sabido Milton fue simpatizante y colaborador del gobierno de Cromwell por lo cual, durante la Restauración, fue arrestado una breve temporada y no fue sino hasta que se retiró de la política y perdió totalmente la vista, casi al final de su vida, que se dedicó a dictar su *opus magnum*, el poema épico *El paraíso perdido* que muchos leen como una defen-

sa del *Commonwealth* y tal vez por ello William Blake afirmaba que Milton, como buen poeta, estaba a favor del diablo aun sin saberlo (*he was a true poet and of the Devil's party without knowing it*).

El hecho es que Bruno Estañol se posesiona del espíritu de Diderot y a lo largo de su novela establece toda una disertación sobre las posibles relaciones entre Dios y la naturaleza en la que recorre las ideas de Diógenes, Galileo, Pascal, Da Vinci, Spinoza, Milton, Marvell, Hume, Berkeley, Locke, Descartes, Newton, Leibniz, D'Alembert, Voltaire, Rousseau, Euler y tantos más. Se trata de una novela ensayo en la que el autor especula en principio sobre el carácter teológico que relaciona íntimamente a las matemáticas con la existencia de Dios y el Universo pero que se extiende, además, a otros muchos temas de carácter filosófico, científico, fisiológico, médico, poético y hasta erótico. El

leitmotiv del libro es la ceguera vista como una especie de oscura prisión y cómo dicha limitante se puede conectar con la percepción del ser humano a través de los otros sentidos así como con el mal, con la enfermedad, con las matemáticas, con el caos, el azar y con la naturaleza íntima de aquel Dios del que Saunderson abjura al final de su vida por haberlo dejado ciego en la temprana infancia. La génesis de la novela surge pues de Saunderson, el matemático ciego que al final de su vida no acepta la vida que le tocó en destino vivir y cuyas últimas palabras fueron: “Yo podría creer en Dios si lo pudiese tocar...”, a lo que antes de morir añade, no sin alguna sorna, “Que el

Podría decirse que *La conjetura de Euler* se trata de una suerte de autobiografía escrita desde el espíritu de la Ilustración para tratar de resolver las dudas personales del médico.

Dios de Newton y de Clarke tengan piedad de mí”. Pero para imprimirle un enfoque narrativo, una tensión dramática a su historia y llenar los intersticios de la acción, Bruno emprende un largo periplo que se inicia en la mente de Diderot para que se prolongue a los enciclopedistas y muy en particular a D’Alembert y a Voltaire para que, de ahí, pueda aludir a otros ciegos además de Saunderson, como son Milton, el sacerdote Jean Meslier, el granjero ciego de Puiseaux y particularmente a Leonhard Euler el otro ilustre matemático que perdió la vista a los cincuenta años y cuya conjetura le da título al libro y que de algún modo rebate la postura frente a la divinidad sufrida por Saunderson.

Hay un ciego más que se halla tras bambalinas de las especulaciones teológico-matemáticas de Estañol, Jorge Luis Borges, cuyo texto, *Argumentum Ornithologicum*, Bruno incluye en uno de sus tantos epígrafes y que funciona a manera de sorprendente coda al dilema planteado a lo largo de la novela consistente en averiguar si existe o no Dios y en caso afirmativo cuál es su verdadera constitución. ¿Puede ser un “demiurgo incompetente, cercano y visible, cuya fracción de divinidad tiende a cero”, como opinaban los gnósticos?, ¿o un Dios que contenía al mal dentro de sí y “que condena a la mayoría de sus criaturas al fuego eterno” como opinaba el cura desencantado Jean Meslier que finalmente se decide por un tipo de ateísmo que lo conduce a la abolición de la propiedad privada?

Entre los muchos epígrafes citados por Bruno provenientes de *Los pensamientos filosóficos* de Diderot queda claro que ni él ni Voltaire se declaraban francamente ateos y así lo prueba con la frase “la superstición causa más daño a Dios que el ateísmo” que, en cierto modo, se parece a aquella otra frase de Pascal que dice: “Es

fácil ser creyente por superstición, es fácil ser ateo por comodidad. Lo difícil es estar entre los dos”.

La novela es una fina disquisición sobre la existencia de Dios a la luz de dos matemáticos ciegos, “matemáticos filósofos o filósofos matemáticos”, como lo define el propio Bruno. Por eso ahora que todos estamos atentos a lo que ocurre en términos futbolísticos en el mundo, vale la pena recordar el libro de nuestro querido amigo, el escritor Juan Villoro, *Dios es redondo* y que viene a colación por dos frases citadas en la novela de Bruno, una de las cuales, atribuida a Montaigne, dice que: “El mundo es una pelota que Dios dio a los filósofos para que la pateen”. O aquella otra, atribuida a Pascal, que afirma que: “Dios es una esfera terrible cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia en ninguna”. El hecho es que la disquisición sobre la existencia de Dios se ha confinado hoy en día, como bien lo insinúa la novela de Bruno, no a los teólogos ni a los filósofos, sino a los matemáticos y a los astrónomos. Y lo cierto es que el deísmo, el ateísmo, el agnosticismo y demás derivados conllevan insondables misterios que son tan irresolubles como ciertas ecuaciones o como la negación o aceptación de un ser regidor del mundo que Bruno plantea en los siguientes términos:

Hay dos saltos inexplicables en la materia. El primero es el salto de la materia bruta a la materia viva. El segundo es el salto de la materia viva al lenguaje. ¿Cómo es posible que de la materia inerte pueda surgir la vida?

Tal vez por eso vale la pena recordar aquella otra frase de Borges que dice que “la imaginación y las matemáticas no se contraponen; se complementan como la cerradura y la llave. Como la música, las

matemáticas pueden prescindir del Universo, cuyo ámbito comprenden y cuyas ocultas leyes exploran”. Es en gran medida la enorme influencia que el espíritu de Borges ha insuflado sobre la inquieta mente de Bruno Estañol y lo que le imprime enorme validez y actualidad a su novela.

La conjura de Euler está armada a partir de las reflexiones filosóficas y vivenciales de Diderot filtradas a través de la sensibilidad y de las lecturas de Bruno Estañol. Hay muchas citas que no sé a quién atribuírselas realmente si a Diderot o a Estañol pero que sé que son totalmente compatibles entre uno y otro como aquella en la que dice Bruno en labios de Diderot: “No escribo para sorprender a los lectores; escribo para paliar mi ansiedad y soledad, para ser un poco menos infeliz”. O aquella otra en la que dice: “He vivido mi vida como una aventura espiritual o casi sería mejor decir como una vertiginosa aventura mental: es la forma de vivir que me ha parecido menos aburrida”.

Éste es, a grandes rasgos, el tema de esta fascinante novela que, me temo, sólo pudo haber sido escrita por una mente como la de Bruno Estañol pues concentra muchas de las obsesiones que lo inquietan como escritor, como científico y como intelectual. Casi podría decirse que se trata de una suerte de autobiografía escrita desde el espíritu de la Ilustración y de los enciclopedistas para tratar de resolver las dudas personales del médico, del investigador, del humanista, del curioso lector y del dotado escritor. No tengo ningún empacho en afirmar que se trata de su obra más ambiciosa y la que mejor representa su enorme curiosidad intelectual y su gran talento. ■

Bruno Estañol, *La conjetura de Euler*, Ediciones Cal y arena, México, 2005, 172 pp.